

Á FALTA DE PAN...

PROVERBIO EN UN ACTO,

ORIGINAL Y EN VERSO,

DE

DON JOSÉ MARIA ORTIZ.

Estrenado con aplauso en el teatro del Príncipe el día 26 de
Diciembre de 1860.



MADRID:

IMPRESA DE JOSÉ RODRIGUEZ, FACTOR, 9.
1861.



La propiedad de esta obra pertenece á D. Alonso Gullon, editor de la coleccion de obras dramaticas y liricas titulada EL TEATRO, y con arreglo á la ley de propiedad literaria nadie podrá sin su permiso reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones ni en los paises con que haya ó se celebren en adelante convenios internacionales.

Los comisionados de la misma galeria son los exclusivos encargados de la venta de ejemplares y del cobro de derechos de representacion en todos los puntos.

Queda hecho el depósito que exige la ley.

A mi querida Madre.

José Ortiz y Tapia.

PERSONAS.

ACTORES.

ELVIRA	DOÑA ADELA ALVAREZ.
LEONOR	DOÑA ELISA BOLDUM.
TORIBIO	D. MARIANO FERNANDEZ.
RICARDO	D. N. CASAÑER.

ACTO UNICO.

Sala de una quinta en Carabanchel, lujosamente adornada. Puerta al foro y laterales y ventana á la derecha en primer término.

ESCENA PRIMERA.

LEONOR, ELVIRA, entrando por el foro.

ELV. ¡Cracias á Dios que nos vemos!

LEON. ¡Ay, Elvira, qué sorpresa!

¿Tú en Madrid?

ELV. Aquí me tienes.

Ayer llegué de Valencia
y venir á verte ha sido
mi diligencia primera.

LEON. ¿Y te has divertido mucho?

ELV. Sí, muchísimo: si vieras...

Y tú, ¿cómo no has salido
de Madrid, de esa caldera?
Me ha sorprendido bastante
al llegar que me dijeran
que habías pasado el verano
en Carabanchel. ¿Qué piensas?

LEON. ¡Ay!

ELV. ¿Qué suspiro es ese!

LEON. ¡Ay!

ELV. ¿Otro?

LEON. ¡Ay, ay!

ELV. Mira, deja:
voy á mandar que nos traigan
una guitarra, y con ella
cantarás acompañada
mucho mejor las playeras.

LEON. Si no es eso.

ELV. ¿Pues qué es?

LEON. Que mi marido ahora empieza
á estar quijote conmigo
y en huir de mí se empeña.
De día no para en casa.

ELV. ¿Y por las noches?

LEON. Me deja.

Ya no se acuerda de mí
ni aun por las noches. Frecuenta
ese endemoniado Circo.
Allí parece que emplea
su hermoso tiempo obsequiando
á una artista salta-cuerdas.

ELV. ¿Y cómo has sabido tú?...

LEON. Las malas noticias vuelan.

ELV. ¿De modo que tu marido
ya no es lo que antes era?

LEON. ¿Qué ha de ser? ¡Ay, ojalá!
pasan semanas enteras...

sin hablar conmigo. Ya
he perdido la paciencia.

ELV. ¿Quién lo había de decir!

Vaya un marido veleta.

Es verdad que así son todos:

el que al primer año llega,

es muy amable y muy fino:

pero al segundo cerdea,

y al tercero ¡ay, hija mía!

en el tercero requiescant..

¡Pobre Leonor! Con dos años

de matrimonio y ya empiezas

á ser infeliz. ¡Infame!

Con una mujer tan buena ..

Necesita un escarmiento,
pero un escarmiento en regla,
tu señor esposo. Dime,
¿á servirmo estás dispuesta?
¿Querrás emplear gustosa
y en favor tuyo una idea?
¿Qué idea es?

LEON.

ELV.

Ahora mismo
se me ha ocurrido.

LEON.

ELV.

¿A vór?

Esta.

Los hombres, por lo comun,
son de tal naturaleza,
que anhelan lo que no está
para su apetito cerca.
Tu marido es uno de ellos.
Solo encuentra en ti terneza,
mucho amor, ningun desvio,
y al menos en apariencia,
lo debes manifestar
para que no se consienta;
pero segun tú me has dicho
ya es tarde para esa prueba.
Él necesita otra cosa
para que en su acuerdo vuelva
y en brazos de su mujer
se olvide de las ajenas.
Yo tengo un plan muy sencillo,
que en ocasiones como estas
suele surtir mas efecto
que suspiros, llanto y quejas.
El aguijon de los celos
puede mucho.—Si te empleas
en dar celos á tu esposo,
por ridiculos que sean
y por mas inverosímiles,
ya verás cómo se enmienda.
Y eso ¿cómo puede ser?
¿Yo darle celos? ¡Friolera!
primero me moriría
en un rincon de vergüenza!
No, Leonor; si tal hicieras,

LEON.

ELV.

- de Dios el remedio venga.
Pero aquí será imposible...
en Carabanchel... Si fuera
en Madrid... Pero con todo.
¿Quién esta casa frecuenta?
- LEON. Nadie.
- ELV. ¿No tienes visitas?
- LEON. ¡Visitas!
- ELV. Pero ¿en qué piensa
tu marido?
- LEON. ¿Qué sé yo?
- ELV. quizá piense en vernie muerta.
¡Calla, mujer! no imagines
por un momento que... ¡Deja!
traigo un lacayo conmigo,
que ha venido de la tierra
hace unos días, muy bruto:
con el pelo de la dehesa.
- LEON. ¿El que he visto entrar contigo?
- ELV. Ese mismo es una bestia.
Pues bien, le voy á decir
que tú por él estás muerta;
y que no bien ha llegado,
ha encontrado una marquesa
que lo quiere y sin demora
casarse con él intenta.
Le diré que tu marido
es tu primo: y cuando él vea
que todo ha sido una broma,
le ha de temer á las veras:
tú, cuando el otro le hable
de boda y de amor, lo dejas:
si os sorprende tu marido
te escaparás: yo estaré alerta
y te lo sujetaré.
- LEON. ¿Qué te parece la idea?
- ELV. ¡Un lacayo! ¿Piensas tú
que...
- LEON. ¿A falta de pan, buenas
son tortas... ó algun gallego
que á las manos se nos venga.
- LEON. ¡Jesus, qué barbaridad!

ELV. Barbaridad estupenda;
pero con todo, veremos
si es suficiente esa prueba.

LEON. ¡Ay! yo tengo mucho miedo.

ELV. Anda, y no seas habieca.
Si yo no hubiera empleado
con mi marido esa treta,
¡sabe Dios! porque los hombres,
cuando tienen la certeza
de que una mujer los ama,
la dejan en casa quieta
como quien tiene un reloj
de vista sobre la mesa.
El pobre volvió en su acuerdo,¹
mostrándole la experiencia
que no hay dicha mas segura,
que no hay mejor panacea,
que el cariño de una esposa
cuando es honrada y discreta.
Déjame á mí, yo sabré...

LEON. Dios haga...

ELV. Pues no.

LEON. Dios quiera...

ELV. ¿Quién viene?

LEON. (Con miedo.) Será mi esposo.

ELV. Pues lo dicho, dicho: ¡ea!

ESCENA II.

ELVIRA, LEONOR, RICARDO.

RIC. ¿Tanto bueno por aquí!

ELV. Eso vengo yo buscando.

RIC. ¡Gracias! ¡Hola! Y desde cuándo?

ELV. Desde ayer tan solo.

RIC. ¡Ah!

ELV. Ayer llegué, y mi cuidado
fué por Leonor preguntár;
si: y la vengo á sacar
de donde usted la ha enterrado.

RIC. ¿Pues cómo?

ELV. ¿Esto es razonable?

- ¿Teniendo una esposa bella
se entierra usted aquí con ella?
Hombre, sea usted mas tratable.
- Ric. ¿Pues yo acaso la he impedido...
No se ha querido marchar
con su tia á veranear,
prefiriendo á su marido.
Como yo quedaba aquí:
porque al fin, estoy cansado...
Si hubiera usted viajado
lo que yo...
- Elv. Comprendo, si.
- Ric. Ademas ciertos negocios
reclamaban mi atencion,
y no atendí á la estacion
por atender á mis socios.
- Elv. ¡Hombre! por Dios trino y uno...
¿Con que usted?... ¡quién lo creyera!
Pues antes...
- Ric. Antes no era
lo que hoy, minero.
- Elv. ¡San Bruno!
- Leon. ¡Y sabe Dios do qué mina!
- Ric. ¿No te lo he dicho mil veces?
tú eres tonta ó lo pareces.
- Leon. Ves, mujer, ya está que trina.
(A Elvira.)
Todo es mentira... no puedo...
- Elv. Pero no le digas...
- Leon. ¡Ya!
¡Vaya! venga usted acá...
si usted concede... (Ofreciéndole asiento.)
- Ric. Concedo. (Sentándose.)
- Elv. ¿Con que minas? Buenas son.
Es buen negocio si peta.
¿So ha descubierto la veta?
- Ric. Si.
- Elv. ¡Oiga! ¿Ya hay filon?
- Ric. Y muy pronto á producir
empezará.
- Elv. ¡Bueno, bueno!
¿Trabajan bien el terreno?

- Ric. Muy bien.
- ELV. Pues no hay que pedir.
¿Y cómo la tal minita
se llama, podré saber?
- Ric. Si, señora.
- LEON. ¡Á ver!
- ELV. ¡Á ver!
- Ric. Se llama la Morenita.
- ELV. ¡Jesus! ¡vaya un nombre mono!
- Ric. ¿Qué hay en ello que le asombre?
- LEON. Si has ido á buscar un nombre...
- Ric. Hija, no, se llama el Nono.
¡Cuidado que es mucha cruz! (Bruscamente.)
- ELV. No se altere por tan poco...
- Ric. Si es para volverse loco:
si dudará que esa es luz.
¿Á qué tengo que fingir
ni para qué lie de engañarte?
Si tuviera que ocultarte
sabria callar, no mentir.
- ELV. Eso no vale la pena...
y no es cosa que los dos..
- LEON. Pues yo acaso...
- Ric. ¡Vive Dios!...
- ELV. ¡Vaya al diablo la Morena!
Yo me he venido á pasar
todo el dia con mi amiga,
y es preciso que lo diga:
tengo ganas de almorzar.
Con que así, si no quebranto
vuestra costumbre...
- Ric. ¡Friolera!
- LEON. Vamos...
- Ric. Si, cuando usted quiera.
¡A ver! ¡Benito! ¡Crisanto!
- ELV. ¿Crisanto? ¡qué coincidencia!
- LEON. Deja, yo iré... (Por el foro)
- Ric. ¡Bien está!
Anda, ves, mejor será....
si no pierdo la paciencia.

ESCENA III.

ELVIRA, RICARDO.

- ELV. ¿Con qué también usted tiene
un Crisanto á su servicio?
- RIC. ¿Pues qué, usted?...
- ELV. Tengo un novicio
de ese nombre, que es un neno...
solo hace un mes que llegó.
En Valencia lo tomé,
Ricardo; y si viera usted...
es lo mas tunante... Yo,
si no fuera porque es fiel,
no le tendria á mi lado:
pero mil pruebas ha dado
y seria muy cruel...
RIC. ¿Y qué tal Valencia?
- ELV. Mal.
- RIC. Ya sé que el calor ha sido...
- ELV. Mucho.
- RIC. ¿Y se ha divertido?
- ELV. Eso si.
- RIC. Vamos...
- ELV. Tal cual.
- RIC. ¿Hay ya quien suplante al muerto?
- ELV. ¡Ay! no señor. Por ahora
no pienso...
- RIC. Hará usted, señora,
muy bien.
- ELV. Ps, no sé...
- RIC. Si, por cierto.
- ELV. Pues á mí me fué muy bien
con el infeliz que lloro.
- RIC. El viudo pierde un tesoro
siempre en el muerto; un eden.
Si quiere usted su reposo...
- ELV. ¡Qué hombres tan informales!
Todos, todos son iguales.
- RIC. No elija usted nuevo esposo.
- ELV. Usted está, por lo visto,

- cansado del matrimonio.
- Ric. ¿Yo? ¡Por vida del demonio!
no sé cómo lo resisto.
- Elv. ¡Hombre! ¿Qué causa su pena?
¿Pues no es muy buena Leonor?
- Ric. Es muy buena, si señor,
pero... se pasa de buena.
- Elv. Segun yo colijo... usted
quisiera haber encontrado
un caballo desbocado.
- Ric. ¿Por qué?
- Elv. Por lo que se vé.
- Ric. No, señora: yo quisiera
una mujer menos fria;
y siendo fria la mia,
no es posible que me quiera.
- Elv. Echando á otros la culpa
mejor nos disculparemos.
- Ric. Para ustedes no tendremos
jamás los hombres disculpa.
Voy á ver si esos bergantes...
porque si mas me delengo...
- Elv. Sí, vaya usted.
- Ric. Pronto vengo.
- Elv. Para allá voy yo.
- Ric. ¡Tunantes!
- (Váse por el foro.)

ESCENA IV.

EL VIRA.

¡Pobres mujeres! ¡Qué mal
nos tratan! ¡Qué inconsecuencia!
¿Y hay que sufrir con paciencia?
¡Qué ley, qué ley tan igual!
Mal se encontraba mi amiga
sí yo no hubiera venido...
No sé si de su marido
será fácil que consiga...
Porque él empieza á cansarse,
y es preciso... sí, conviene

poner remedio. ¿Quién viene?
¡Ah! No hay que descuidarse.

ESCENA V.

ELVIRA, TORIBIO.

- TOR. (Desde el fondo.)
Mándame el señor Pericu
á saber si nus quedamus.
- ELV. Me quedo aqui todo el dia.
Que desenganchen.
- TOR. ¡Sí! ¡Guapo!
(Se vá á marchar.)
- ELV. Escucha. Tengo que hablarte.
- TOR. Todu soy urejas.
- ELV. ¡Bajo!
Puedes decir, Baltasar,
Toribio, y tambien Crisanto
del corazon de Jesus...
- TOR. Asi es como yo me llamu.
- ELV. Que has encontrado una mina.
- TOR. ¿Qué es esu que me he encontrado?
- ELL. Oye sin interrumpirme.
- TOR. ¿Qué?
- ELV. Que escuches, gaznápiro.
Vive en esta casa un ángel,
que es de virtudes dechado,
(Movimiento de Toribio.)
una mujer muy bonita.
¿Te vas, Toribio, enterando?
- TOR. Si, señurita, ya voy.
- ELV. Pues bien, la has enamorado.
Te ha visto solo un instante,
hijo, y le has dado flechazo.
- TOR. Estu nu lu entiendu bien.
- ELV. Hombre, pues está bien claro.
Que con tu apuesta figura,
(Movimiento de Toribio.)
que con tu cuerpo gallardo
la has vuelto loca, y se quiere
casar contigo en el acto.

- TOR. Esu si, esu lo entiendo,
pero es un escopelazu.
- ELV. Ella dijo: «á ese mancebo
que te viene acompañando,
le dirás que si me quiere
al punto le doy mi mano.»
Ya ves tú qué coyuntura.
- TOR. Vamus, señora, despacio.
Esu ya yu lu sabía,
porque el dedu non me mamu.
Yu me sé que hay en Madrid
mas de tres y mas de patru
que han logrado encaramarse
en el escalon mas altu.
Diguéronme, pues, allá,
en la tierra ineus paisanus...
Ea Toribiu, Baltasar;
allá vas: que non seas jansur:
otros fueron mas peores
y hanle dichu, ¡al ajua patus!
Yo si quíerume casar,
si es mujer de buen bocadu.
- ELV. Ya lo creo, si es marquesa.
- TOR. Es que yo con este jarbu,
non dejábame querer
por las de tres en un quartu.
- ELV. Pues ahora solo te quedas:
y cuando la veas, ánimo.
Ella vive aqui solita,
sola con un primo...
- TOR. ¡Malu!
- ELV. ¿Por qué?
- TOR. Porque yo me sé,
que entre primu y primu...
- ELV. ¡Ganso!
- ¿Como puedes sospechar
de una mujer, que en un salto
se quiere casar contigo?
- TOR. Yo no, el refran condenadu...
- ELV. Vaya, adios. No pierdas tiempo.
- TOR. Vaya usted con Dios. (Con arrogancia.)
- ELV. (¡Qué barbaro!)

ESCENA VI.

TORIBIO.

Pues señor; si ella lu quiere
qué le tengo yu de hacer:
nada: dejarse querer
y venga lu que viniere.
¡Un marqués! ¡un marqués! ¡Bravu!
Bien señur padre decia,
que en Madrid yu nun seria,
ya se vé, mocu de pavu.
Siendu marqués... prosupuestu
seré menistru ú alcalde,
como Bartolu Aranalde
el hijo del tiu Anafestu.
Aquel vinu de aguador,
le tucó la loteria,
y al poco tiempo se veia
en los cañus de urador.
Comerció en paja dempues,
se llenó bien; y al mumentu
se puso en pedricamentu
y fué menistru ó marqués.
Esu mesmu seré yo,
purque non soy dengun bolu
lu mesmu que fué Bartolu.
¡Diablu! ¡La marquesa!

LEON.

¡Oh!

ESCENA VII.

LEONOR, TORIBIO.

TOR. Señorita, Dios la enguarde.
Entre usted sin recuncomius.
Todu lu sé, non se ponga
coloradiña.

LEON. (¡Qué potro!)

TOR. Aquí me tiene usté á mí,
que soy capaz... ¡qué demonius!

de casarme con usted.
¡Si, seré capaz de todo!
Aunque parezca carneru
non tenju lana de tontu:
y cuando me case yo,
haré lo mesmu que todos:
yo tenju desposicion:
sé leer, escrebir un pocu...
y á pillu naide me jana,
porque he leído el Bertordu.
Sé sumar, y haju mi resta;
y soy cristianu católicu.
Tambien tengo allá en la tierra
una vaca y dos retoños;
y en muriéndose meu padre,
dos marranillus tan jordus.
Soy juapo, ya me vé usted,
y robustu comu un toru...
sé tambien que usted me quiere...
con que *seronia pelorum*.

Vaya, ¿qué me dice usted?

LEON.

(Con violencia.)

Ya que usted lo sabe todo,

¿qué quiere usted que le diga...

Me gusta usted... y me conformo...

en casarme con usted.

TOR.

Ese piquitu de oru

es mas dulce que la miel.

Pues buenu, cuanto mas pronto...

Yo tenju todas mis cosas

corrientes para el consorcio.

Tenju mi fé de bautismo,

un baul con mis ahorrus,

pero como usted es marquesa,

¿tendrá dineru? (¡Qué momiu!)

LEON.

Nada nos ha de hacer falta.

Para casarnos dispongo

que sea en Madrid.

TOR.

En el coche

diremos mucho mas pronto.

(Aparece Ricardo en la puerta del foro.)

¡Vaya una fortuna loca!

Yo cargar con ese trozo.
de mujer tan hermosa,
que tanto me quiere...

Ric. ¡Qué oigo!
Tor. Ya verá usted si soy yo
mansu lo mesmu que un chotu.

ESCENA VIII.

LOS NISMOS Y RICARDO.

Ric. ¡Qué atrevimiento, señora!
LEON. ¡Oh! (Huyendo por la puerta izquierda.)
Ric. ¡Qué escándalo!
Tor. ¡Demonio!
(El primu.) ¿Á qué viene usted
á espantarla como un toru?
Ric. ¡Esto mas!
Tor. Si ella me quiere,
y yo, la verdá, la adoru.
Ric. Dime, animal, ¿desde cuándo?
Tor. Dende que nus vinus solus.
Ric. Yo estallo como una bomba.
¿Pues digo la niña! ¿Y cómo?
Tor. ¡Toma! Comiendu, está claru:
Ella me vido bace poco;
le entré en el ojo derechu,
y es muy natural.
Ric. ¡Me asombro!
¿qué cambio tan repentino
es este? ¡Yo me sofoco!
Ella que no se atrevia
ni aun á levantar los ojos...
¡Y sabe Dios! Cuando aqui,
al llegar este galopo
lo trata de esa manera...
en Madrid, ¡Dios poderoso!
¿qué habrá sido de mi honra?
Los voy á matar.
Tor. ¡Qué oigo?
¡Pur qué, señor! ¿usté acasu,
aqui no es primu?

- Ric. ¡Un demonio!
¿Yo primo? ¡Téngame Dios
de su mano! Si le ahogo,
voy á hacer aquí el papel
mas ridiculo del globo.
¿Con que, primo?
- Ton. Si, señor:
primu lo mesmu que todos.
Nus hemus desconcertados,
y para Madrid muy pronto
nus diremus...
- Ric. ¿Hombre, si?
- Ton. En su mesmu coche propiu.
- Ric. Sin decirle nada á nadie.
- Ton. Non, non queremos estorbus.
- Ric. Bueno, lárgate, animal,
déjame, quiero estar solo.
- Ton. ¿Y adónde la encontraré?
Yo la casa non conozcu...
- Ric. Anda, que ya la verás.
- Ton. Pues con permisu. ¡Qué ojos!
Este primu non me juele...
- Ric. ¿No te vas?
- Ton. Está furiosu.
Aqui hay androminas, vaya.
- Ric. ¿Qué dices?
- Ton. Que non soy tontu.
Que bien diju aquel que diju,
que entre primu y primu...
- Ric. ¿Cómo?
- Ton. Que usted es un primu.
- Ric. ¡Otra vez!
- Ton. Y que yo non me conformu,
y que le voy á decir...
- Ric. Dile tambien que te he roto
una costilla, animal.
(Le dá un puntapie y le amenaza con una silla.)
- Ton. ¡Válgame el mártir san Próculo!
(Se vá corriendo por la puerta del fondo.)

ESCENA IX.

RICARDO.

¡Esto solo me faltaba!
¿Pero dónde, cuándo, cómo
ha podido mi mujer
permitirse de ese modo?...
¡Si me parece imposible!
¡Yo voy á volverme loco!
Voy á buscar á la inícuu.
¡Dios me dé calma y aplomo!
(Se dirige á la puerta de la izquierda.)

ESCENA X.

RICARDO, ELVIRA, saliendo por la misma.

ELV. ¿Dónde vá usted, don Ricardo,
tan veloz, fuera de sí?

Ric. ¿Le ha picado alguna avispa?
Me ha picado un puerco-espín.

ELV. Mas...

Ric. Déjeme usted, señora.

ELV. Oiga usted.

Ric. No estoy en mí.
Voy en busca de la ingrata.

ELV. ¿Pero quiere usted oír?

Ric. ¡Déjeme usted!

ELV. No, señor:
usted no sale de aquí
sin decirme adónde vá.

Ric. ¿A armar la de san Quintín?

ELV. Pues por lo mismo, Ricardo,
no le deajo á usted salir.

Serénese usted un poco;
tranquilícese usted y...
cuénteme usted lo que pasa.

Ric. ¡Elvira, yo era feliz!

ELV. Bien.

Ric. ¡Yo era dichoso, Elvira!

- ELV. ¡Pues no salga usted de ahí!
- RIC. Yo creí que mi mujer
no estudiaba con Merlin,
y le puede dar lecciones...
- ELV. ¡Ahí es un grano de anís!
- RIC. Sí, señora, yo creía
que ella era un serafín...
- ELV. ¿Y qué?
- RIC. No hay tales carneros.
Hace poco la cogí
con su lacayo de usted
(ese mono del Brasil)
en amoroso coloquio.
- ELV. ¡A quién, á la Leonor?
- RIC. Si, si.
- ELV. Pero, hombre, ¿está usted seguro?
- RIC. ¿Yo seguro? ¡Por san Gil!
¡Si los escuché y trataron
de irse los dos á Madrid.
- ELV. Vamos, eso es imposible.
Aunque, quién sabe, si al fin
ella, en algun arrebató,
viéndole á usted siempre así...
tan frío, tan despegado,
con ese maldito esplin...
y si sospecha que usted
ha tenido algun deslíz,
tal vez de desesperada,
herida en su orgullo, y...
- RIC. La mujer honrada debe,
si tal sucede, sufrir.
Ademas que yo, si acaso
alguna vez delinquí,
pudo pasar por un lapsus.
Al fin, la edad juvenil...
y la ocasion... y el demonio...
y este calor de Madrid...
pero mi amor, ella solo
lo tenia seguro aqui.
(Señalando al corazon.)
- ELV. ¡Ah, caistes en la trampa!
- RIC. ¡Caigan mil rayos y mil

sobre la pérdida!—Voy
á dar fuego al polvorin
de mi rabia, de mí...

- ELV. No:
déjeme usted hacer á mí.
Con el escándalo nada
podría usted conseguir
sino ponerse en ridículo.
- RIC. Es verdad, soy un mastin.
Lo que hago es despreciarla:
ya pueden los dos huir,
que en el pecado se lleva
la penitencia.
- ELV. ¡Qué ruin
es la condicion humana!
Vea usted, por un hombre así...
- RIC. Si no se marchan los mato,
y me voy á Chamartin.
- ELV. ¿Usted?
- RIC. No me gustan cuentas
con el código civil.
- ELV. Vamos, serénese usted.
Tal vez sospechemos sin
fundamento, y quién sabe...
véngase usted por aquí.
Espéreme usted un momento
con paciencia en el jardín.
- RIC. Si me caigo en el estanque
no pregunte usted por mí.
Que se vayan, que se vayan.
- ELV. (¡Ay, Leonor, ya eres feliz!)
(Se van por la puerta de la izquierda.)

ESCENA XI.

TORIBIO, por el foro.

¡Canariu! Pues no la encuentru.
Non me sale del magin
aquel primu. Es mas que primu.
Escuéceme por aquí
(Señalando á las caderas.)

el cariño que arrimóme
con la pezuña al salir.
Será sin duda costumbre
en la corte de Madrid
tratar de aquesa manera
á todo el que se vá á uncir?
Peru yo non me conformo
con ese... chisgarabis;
y en casándome, veremus,
naide me la peja á mí.

ESCENA XII.

TORIBIO, LEONOR, saliendo con precipitacion por la puerta iz-
quierda.

LEON. ¡Ay, Dios mio! ¡yo estoy muerta!
por esta puerta se entró;
y ahora mismo no sé yo
si vendrá por otra puerta.
¿Por qué habré yo consentido?

TOR. ¡Remunona!

LEON. ¡Dios me asista!
¡Ay, huya usted de mi vista!
(¡Si vuelve aquí mi marido!)

TOR. No te asustes, que no hay gente:
¡pur vida de Belcebú!

LEON. (¡Ay, que ya me habla de tú!)

TOR. Ni está tampoco el pariente.

Y ahora que nus encontramos
los dos-sulitos, hablemus.
¿No quieres que nus casemus?
Non te hagas de pencas, vamos.

LEON. No basta solo querer
en un dia. Hay que esperararse...
y conocerse... y tratarse...

TOR. Yo no quiero conocer
á ese primo condenado,
que se enfurece conmigo,
y que lu tengü sentado
en la boca del ombligu.

LEON. ¿Se enfurece?

TOR. Demasiadu.

LEON. ¿Pues no sabe usted, Toribio,
que mi primo es una fiera?
Está loco: si usted viera...

TOR. ¿Si? pues que siga el alivio.

LEON. Su locura es mucha historia:
En cuanto pega á un criado
se queda tan descansado.

TOR. Así le dé Dios la gloria.

Hizome probar á mi
un ramo de su locura:
pur esu si sigu aquí
serviréle yo de cura.

LEON. Eso no, porque los dos...

TOR. Hajamus el matrimoniu,
y que se lleve el demoniu
á ese primitu de Dios.

Saljamus del pasu prontu,
porque si lo piensu muchu
no me caso yo.

LEON. ¿Qué escucho?

¡Habrá pillol!

TOR. Non soy tontu.

Peru ya que usted me estima
siendo prima de ese primu,
no vivan como un racimu
los dos, el primu y la prima.
Que yo no me echo en el surcu
y verla sola deseo;
y aunque soy de Rivadeu
tengo mas celos que un turcu.
Lu dichu, y dáme un abrazu.

LEON. (Huyendo.)

¡Por todo el oro del mundo!

TOR. Dáme el primeru: el segundo
se quedará de remplazu.

Quien por su mujer te toma
te abraza por lu que quieras.

LEON. (Gritando.)

¡Elviral ¡ay, que vá de veras!

TOR. Yo no sé abrazar de bróma.

ESCENA XIII.

DICHOS y ELVIRA, saliendo por el fouda.

- LEON. Ese bribon se propasa...
TOR. Yo le diré á usted...
ELV. ¡Atrevidò!
En tu busca tu marido
anda por toda la casa.
LEON. ¡Ay, cielos! ¿Qué es lo que hago?
ELV. Estarte quieta.
TOR. Señora...
ELV. Veremos á ver ahora
qué dices...
TOR. Que...
ELV. Vaya un pago
que le das á mis favores.
No hay paciencia que resista...
¡Quítese usted de mi vista!
TOR. Yo no.
ELV. ¿Se sube á mayores?
TOR. Confiesu que á usted'servi
de lacayo; pero ahora
no la sirvo á usted; señora,
que usted me ha servido á mí.
RIC. (Desde el foro, despues de ver al gallego.)
Por fin la encuentro. ¡Escuchemos!
ELV. ¿Cómo es eso?
TOR. Comu es.
Usted me sirvió despues,
haciéndome mil extreruus
del amor desaforadu
de la marquesa.
RIC. ¡Qué escucho!
TOR. Ya sé que me quiere mucho,
purque usted me lu ha contadu.
Con que asin, no soy sirviente:
y on casándome seré!...
ELV. ¡Un animal!
TOR. Mas que usted.
Y yo mandu aquí.

ELV. ¡Insolente!
 LEON. ¿No ves qué en serio lo toma?
 ELV. Yo sabré...
 LEON. No le hagas caso.
 ELV. Pero...
 LEON. Salgamos del paso,
 que ya me enfada esta broma.
 TOR. Dice bien la siñurita.
 Vámonus prontu de aquí,
 á casarnos en Madrí.
 (Queriendo llevarse á Leonor.)
 RIC. (Saliendo á interponiéndose.)
 Conmigo.
 LEON. ¡Ay!
 (Quiere escapar. Ricardo la detiene.)
 RIC. ¡Quietecita!
 TOR. ¡El pariente! ¡Malu, malu!

ESCENA XIV.

LOS MISMOS, RICARDO.

RIC. Como regalo de boda,
 ¿qué quiere usted? ¿Se incomoda?
 (Despreciativo movimiento de Toribio.)
 TOR. Non quieru dengun rejalu.
 RIC. Hombre, ¿por qué?
 TOR. Porque no.
 Ni quieru nada tampocu
 con un primu que está locu.
 RIC. ¿Cómo loco?
 TOR. Y sacabó,
 (Se separa de él con importancia.)
 LEON. Mira, Ricardo.
 ELV. Oiga usted...
 RIC. No necesito razones.
 (Aparentando cólera.)
 LEON. Si...
 RIC. Ni mas explicaciones... (id.)
 porque todo lo escuché,
 (Cambiando de tono.)
 He sido buen animal.

Figurarme... ¡Dios me asista!
¿Dónde tenía yo la vista?
Vamos, he sido tu igual. (A Toribio.)

TOR. Mi igual no; porque esta noche
nos casamos ella y yo.

RIC. Yo seré el padrino.

TOR. (Con mal humor.) ¡No!
Voy á preparar el coche.
(Se vá por el fondo.)

ESCENA XV.

Los MISMOs, menos TORIBIO.

ELV. ¡Jesus, qué animal, Dios mío!
¿Y quién le saca del cuerpo
el marquesado? No hay mas,
lo creyó de medio á medio.

RIC. Vamos, explíquennos ustedes
ese paso-joco-serio.

LEON. ¡Oh, sí! con toda mi alma.

ELV. Al punto vá usted á saberlo.
Al llegar aquí encontré
á Leonor tan triste...

RIC. Bueno.

ELV. Que le pregunté la causa.
Ella, dando mil rodeos,
me dijo que usted no era
el marido de otros tiempos.
Aquí tiene usted la historia.
¿Usted ha estado tan ciego
que ha podido imaginar
que inspiraba ese mastuerzo
una pasión á su esposa?

RIC. Le diré á usted: en el momento,
como vivimos aquí...
tan retirados...

ELV. ¡Qué ingenio!
¿No veía usted aquella facha?

RIC. Sí, señora; pero...

ELV. Pero...

RIC. Decía yo: á falta de pan...

ELV. Es bueno cualquier gallego.
LEON. ¡Vaya, hombre! pues me gusta...
RIC. Perdona un mal pensamiento ¹.
ELV. *Escuche usted un cuentecillo
*que en este instante recuerdo.
*Sirvió Lázaro de Tormes
*á un pobre tacaño y ciego
*que ni do comer le daba.
*El muchacho no era lerdo,
*y con el hambre aguzaba,
*para robarle, el ingenio.
*Un día compró un racimo
*de ricas uvas el viejo...
*Llamó á Lázaro de Tormes,
*y sentados á comerlo,
*le dijo: «Cuidado, Lázaro;
*una á una, y buen provecho.»
*Pero como no dejaba
*nunca la sospecha el ciego,
*creyó, lo quo era verdad,
*que se las iba comiendo
*de dos en dos el muchacho;
*y por ver si esto era cierto,
*las empezó él á coger
*lo mismo, por no ser menos.
*Despues que se concluyó
*le dijo al chiquillo el ciego:
*«¡Picarol las has comido
*de tres en tres.» Medio muerto,
*Lazarillo contestó:
*«¿Por qué, señor, decis eso?»
*«¿Porque yo las he cogido
*de dos en dos, y en silencio
*no las mirado y te aguantaste,
*que si no lo hubieras hecho,
*quejáraste de mi robo.
*Por lo tanto, ahora comprendo
*que si yo do des tomaba,

1 Los versos marcados con estrellitas se han suprimido en las últimas representaciones.

* «tú de tres tomabas, cuerno » ?
 * ¿Qué papel quiere usted hacer?
 * ¿el lazarillo ó el ciego?
 * Si es el ciego, usted no debe
 * escasear el aprecio
 * á su mujer, que no vive
 * ni conoce otro alimento
 * que el cariño de su esposo;
 * y pudiera, aunque no hay miedo
 * con Leonor, buscar sus trazas
 * como el chiquillo del cuento.
 * Si elige usted el lazarillo,
 * encubra su falso juego,
 * ó no juegue, que es mejor.
 * Así evitará el recelo,
 * y cuando peque por uno
 * no parecerá por ciento.
 * ¿Qué tal, se ha enterado usted?
 * Le ha convencido mi ejemplo?
 * Pues para que le aproveche
 * aplíquese usted el cuento.

Ric. ¡Ven, Leonor, ven, vida mía!
 Demasiado comprendo
 lo que habrás sufrido: ya
 con el alma me arrepiento.
 (Se abrazan.)

LEON. ¡Ay, Ricardo! ¡Si supieras
 qué alegría me dá esol

ELV. Y en seguidita á Madrid.
 A entrar en un mundo nuevo,
 ya que se entra en otra vida.

LEON. Y las minas al infierno.

ESCENA XVI.

LOS MISMOS, TORIBIO.

TOR. Todu está ya preparado:
 el coche listu é corriente.
 ¿Todavía aquí el pariente?
 Marchémonos de contado (Á Leonor.)

Ric. Basta de burla, alcornoque.

Tor. ¿Pur qué, si pur mí se muero?
(Vamus, este primu quiere
sin duda que yo lu achoque.)

Ric. No tienes poca ambieton;
¿pero has mirado tu facha?

Tor. Solu sé que la muchacha
quíereme de corazon.
Esta señora lu dijo,
y ella mesma luce á mí.

Elv. Para reirme de tí:
¿no lo has conocido, hijo?
¿Puede ninguna mujer,
aunque esté desesperada,
quererte?

Tor. ¿Vaya, no es nada!
¿Y pur qué nu ha de poder?
Yo soy por mas de un conceto
digno... En fin, ya no me casu.

Ric. Haces muy bien; sal del paso,
no te metas en aprieto.

Tor. ¿En aprieto? Vaya un chivu.
como si yo no supiera....

Ric. ¡Si tú eres un calaveral!

Tor. Non, señor, que yo estoy vivo:

Elv. Toribio, tú sabes mucho,
y mereces colocarte
mejor en alguna parte.
Yo te buscaré....

Tor. ¿Qué escucho?

pues dígame que no quiero.

Buscáme este matrimonio

y llevóselo el demonio,

porque creyóme carneru.

Estaréme sin casar

mejor; que aun me cencerra

lo que oíle allá en la tiepra

á un paisanu de contar.

El era un alma de Dios;

quisu casarse el benditu

y confesóse contristu

de pecadus, ciento dos.

Viendo que habia terminadu,

y que el cura no le echaba
la penitencia; lloraba
y la pidió de contado.
El cura se levantó
sin imponerle castigo:
se lo consultó á un amigo,
y el amigo respondió.
¿Cásaste con la zenovia?
¿juntas á ella tu existencia?
pues no te echó penitencia,
porque conoce á la novia.
Con que así, ni yo me caso;
ni á servirla me acoino du;
y mil perdones por todú;
y con Dios, que yo me abrasu.
(Se va por el foro.)

ESCENA ÚLTIMA.

ELVIRA, LEONOR, RICARDO.

Elv. ¡Anda bendito de Dios!
Que esto sirva de escarmiento. (A Ricardo.)
Voy á hablar aquí un momento:
(Señalando al público.)
escuchad también los dos.
Los hombres que se casan,
que se corrijan:
que estamos en España,
no en Moreria.
Y está maldito
quien la ley no respeta
de Jesucristo.

—
Al ver otras mujeres,
cerrad los ojos;
que si no estan casadas
lo harán con otros:
y si lo fueren,
respetad los maridos
de esas mujeres.
—



Mas, si á pesar de todo,
correis tan ciegos
tras el honor de otros,
sin ver el vuestro,
no os quejeis nunca,
que si el honor se quiebra
no hay soldadura.

El desprecio á la mujer
es como fuego en cristal,
y dá lástima romper
el corazon virginal
que nace para querer.

FIN DE LA COMEDIA.

43082

Aprobada con la supresion atajada en la escena primera.

ANTONIO FERRER DEL RIO.

Queda hecha la supresion marcada por la censura.

EL AUTOR.



~~1919~~